

¿Hay una crisis de los partidos políticos latinoamericanos?

Por Carlos Gervasoni

DOCUMENTOS

Es natural que los partidos políticos se desgasten en el ejercicio del poder. En regiones como América Latina, en las cuales hay agudos problemas económicos, sociales, políticos y de seguridad, los partidos gobernantes enfrentan desafíos particularmente difíciles. Las crisis de partidos parecen ocurrir en América Latina cuando se conjugan grandes fracasos gubernamentales en diferentes áreas, o cuando hay una sucesión de fracasos.

Carlos Gervasoni es Presidente de CADAL. Licenciado en Ciencias Políticas. Master in Political Science y Master in Latin American Studies (Stanford University). Profesor en la Universidad Católica Argentina, la Universidad Torcuato Di Tella y la Universidad del CEMA. Profesionalmente se desempeña como consultor metodológico y estadístico de varias empresas de opinión pública, y como analista para la Argentina de Eurasia Group (New York), una consultora de riesgo político del grupo Lehman Brothers que produce el Lehman Brothers Eurasia Group Stability Index (LEGSI).



Aplica a la temática de este Documento la tendencia humana a percibir selectivamente aquello más visible, más interesante o más consistente con lo que se espera percibir. Así, a partir de recientes y muy comentadas crisis en algunos sistemas partidarios de América Latina, se ha saltado a la conclusión de que “los partidos políticos de la región están en crisis”. Esta es definitivamente una afirmación demasiado general y demasiado apresurada. Hay algunos países donde tal crisis es indudable, otros en los que se puede opinar en uno u otro sentido, otros en los que algún partido está en crisis, pero no el sistema partidario, y finalmente muchos otros en los que sería difícil argumentar que existe una crisis de partidos, cualquiera sea la acepción de la palabra “crisis” que se adopte.

Las democracias de América Latina (básicamente todos los países de la región menos Cuba), como las del resto del mundo, se apoyan en partidos políticos. Cuando la “tercera ola” de democratización alcanzó a la región a fines de los 70 y comienzos de los 80, los tres países que ya gozaban de un sistema democrático desde mediados de siglo, Costa Rica, Colombia y Venezuela, eran clásicos ejemplos de democracias de partidos: en los tres había un fuerte y claro sistema bipartidista con alternancia (más allá de que alguno de los dos partidos tendiera a ser más fuerte).

Un segundo grupo de países estuvo constituido por los que, habiendo tenido experiencias democráticas anteriores a la seguidilla de golpes de los 60 y 70, recuperaron la democracia con la “tercera ola”. La mayoría de estos, como Argentina, Chile, Perú y Uruguay, recuperaron a grandes rasgos el mismo sistema de partidos que tenían antes de los golpes. En Brasil, en cambio, el sistema se reconfiguró a partir de la ingeniería político-electoral del gobierno militar, que obligó durante muchos años a la dirigencia política a integrarse al partido oficialista, ARENA, o al opositor, el MDB. El actual sistema brasileño es en gran medida el producto del estallido de esos dos grandes y heterogéneos conglomerados.

Finalmente, la “tercera ola” alcanzó también a países con nula o muy escasa experiencia democrática previa, como El Salvador, Nicaragua, México y Paraguay. En estos casos el sistema de partidos se estructuró en buena medida en torno del partido sostén y/o continuador del régimen autoritario (y a veces también de su tradicional partido opositor), siendo el PRI mexicano (y el PAN) y el Partido Colorado paraguayo (y el Partido Liberal Radical Auténtico) ejemplos claros de esta situación.

Lo que es común a las tres situaciones descritas, sin embargo, es la existencia en la mayor parte de los países de uno, dos o más partidos sólidamente establecidos hacia principios de los 80 (hay algunas excepciones totales o parciales a esta afirmación, como los casos de

Guatemala y Ecuador). En los años posteriores a la transición democrática, sin embargo, varios sistemas partidarios sufrieron crisis que los transformaron sustancialmente. Dos países sufrieron tales crisis con particular intensidad: Perú y Venezuela. Allí los partidos tradicionales que dominaron la política en los 80 fueron barridos del escenario nacional en los 90. Algo similar, aunque con menor intensidad, ocurrió en Argentina durante 2001: el derrumbe financiero, político y económico de ese año arrasó con uno de los dos grandes partidos, el radicalismo, y con otros dos de relevancia más reciente, el Frepaso y Acción por la República.

Las crisis de partidos son eventos ampliamente cubiertos por los medios y analizados por intelectuales y académicos. El natural interés que generan estos fenómenos se ve a menudo incrementado por la aparición de atípicos y pintorescos líderes carismáticos: el espacio vacío que dejan los partidos en crisis es generalmente llenado por un *outsider*, como Fujimori o Chávez (o, en otras latitudes, Berlusconi). Estos llamativos personajes contribuyen a centrar aún más la atención en los casos de crisis y no en los casos de normalidad. Pero la realidad es que hay normalidad, y bastante más de la que pudiera parecer.

En efecto, mientras algunos de los principales partidos de la región sucumbían a la crisis, muchos otros prosperaban políticamente. No ha habido crisis de partidos en Chile ni en Costa Rica. Los partidos uruguayos y los mexicanos están lejos de desaparecer. Algo similar puede decirse de los partidos brasileños, o de los partidos dominantes en Argentina (Justicialismo), El Salvador (ARENA) o Paraguay (Colorado).

En resumen, no puede ni debe hablarse de una situación generalizada de crisis de los partidos latinoamericanos. Sí, en cambio, han existido crisis importantes en algunos países. Las ha habido de dos tipos: 1) las que afectaron a uno o algunos de los partidos del sistema (generalmente los partidos gobernantes) y, 2) las que afectaron al sistema completo.

Las crisis de partidos gobernantes

Es natural que los partidos políticos se desgasten en el ejercicio del poder. En regiones como América Latina, en las cuales hay agudos problemas económicos, sociales, políticos y de seguridad, los partidos gobernantes enfrentan desafíos particularmente difíciles. Así, por ejemplo, prácticamente todos los oficialismos de mediados de los 80 fueron desalojados electoralmente del poder debido a su incapacidad de contener el declive económico y la inflación. A los problemas de naturaleza económico-social deben sumarse los vinculados a la corrupción y la inseguridad. Pocos gobiernos logran controlar la venalidad pública, y a menudo sufren las consecuencias del estallido de escándalos de corrupción.

La inseguridad en la forma de criminalidad común afecta a toda la región, y algunos países sufren el flagelo adicional de la criminalidad organizada (especialmente el narcotráfico) y de la guerrilla.

Cuando los fracasos en estos frentes son particularmente intensos y/o simultáneos, el deterioro político de los partidos gobernantes puede llevarlos al borde de la desaparición. Esta fue en buena medida la situación del Perú de la transición democrática: tanto el gobierno de la Acción Popular de Belaunde Terry (1980-1985) como el gobierno del APRA de Alan García (1985-1990) fracasaron estrepitosamente en la arena económica y en la lucha contra el terrorismo. Ambos dejaron al país sumido en la pobreza, el estancamiento, la inflación y la inseguridad. La segunda vuelta de las elecciones de 1990, en consecuencia, fue disputada por dos *outsiders*, Fujimori y Vargas Llosa.

La situación de la Unión Cívica Radical en la Argentina es comparable: luego del fracaso del gobierno de Alfonsín el partido se vio fuertemente debilitado. Le tomó 10 años y una alianza con un nuevo y dinámico partido de centro-izquierda (el Frepaso) volver a ocupar la presidencia. El nuevo fracaso del radicalismo gobernante, esta vez en la figura de Fernando de la Rúa, asestó un golpe decisivo al partido: en las elecciones presidenciales de abril de 2003 obtuvo el sexto lugar con el 2% de los votos. Aunque el radicalismo se mantiene fuerte en varias provincias, prácticamente ha desaparecido de escena en los distritos más importantes (como Buenos Aires, Santa Fe y la Capital Federal) y a nivel nacional. La desintegración del gobierno de De la Rúa no sólo arrastró a su partido, sino también a sus aliados: el Frepaso, del renunciado vicepresidente Carlos "Chacho" Alvarez, y Acción por la República, el partido fundado por el ministro de economía Domingo Cavallo. Hay una diferencia importante entre la situación peruana y la argentina. En el país andino todos los partidos políticos tradicionales fueron destruidos (AP, PPC) o fuertemente debilitados (APRA) por los fracasos mencionados. En Argentina, en cambio, el peronismo salió fortalecido del proceso, no tanto por méritos propios como por la decadencia de sus competidores. La explicación es muy clara: a diferencia del APRA, el Partido Justicialista estuvo lejos de fracasar rotundamente durante su experiencia de gobierno (1989-1999): aunque Menem terminó su presidencia en un justificado clima de crítica social, su gobierno había alcanzado no pocos logros, entre los cuales se destacaron la derrota de la inflación, la recuperación del crecimiento económico, la renovación de la infraestructura de servicios públicos y la alianza con Brasil en el MERCOSUR. Los aspectos más oscuros de la década menemista, como el alto nivel de corrupción y el elevado desempleo, fueron percibidos y castigados por la opinión

pública, pero la combinación de estos fracasos con los éxitos mencionados más arriba alcanzaron para salvar al peronismo de una situación de crisis.

Las crisis del sistema de partidos

En algunas situaciones lo que entra en crisis no es el partido gobernante, sino el sistema de partidos o, para usar una palabra más cargada de sentido normativo, la *partidocracia*. Un ejemplo extraregional, claro y conocido, es el de Italia a principios de los 90. El caso regional es, por supuesto, Venezuela. Este país tuvo por décadas un sistema dominado por dos partidos, Acción Democrática y COPEI. A partir del fracaso del gobierno adeco de Carlos Andrés Pérez a principios de los 90, la población se volvió contra los partidos tradicionales, primero votando por el fundador de uno de ellos Caldera (devenido en *outsider*) y luego por un coronel golpista que intentó desalojar por las armas al gobierno democrático de Pérez. Lo peculiar del caso venezolano, especialmente cuando se lo contrasta con la similar situación ecuatoriana, es el punto de partida: Venezuela tenía uno de los sistemas de partidos más sólidos e institucionalizados del continente, al punto que un clásico libro de Mainwaring y Scully lo colocaba, aún en 1993, sólo por debajo de Costa Rica, Chile y Uruguay en América Latina¹. Así, en sólo unos pocos años, el sistema partidario venezolano perdió a sus dos principales componentes e incorporó un nuevo actor principal: el heterogéneo conglomerado conocido como "chavismo".

Debe destacarse, sin embargo, que el resto de los países latinoamericanos han evitado crisis de este tipo. Las otras naciones con sistemas partidarios institucionalizados, o los conservan casi intactos, como Chile, Costa Rica y Uruguay, o por lo menos han mantenido incólumes uno de sus partidos centrales, como Argentina y Colombia.

Los casos de ausencia de crisis: muchos y variados

Quizás no muchos lectores estén al tanto de que El Salvador viene siendo gobernado desde hace 15 años por el mismo partido. En efecto, el derechista ARENA obtuvo la presidencia en 1989 con Alfredo Cristiani, la renovó en 1994 con Armando Calderón Sol, volvió a triunfar en 1999 con Francisco Flores, y en 2004 obtuvo un cuarto período con la elección de Antonio Saca. El rol de principal partido opositor pasó del Demócrata Cristiano, al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (ex movimiento guerrillero convertido en partido luego de los acuerdos de paz de 1992). Este país, al que no le han faltado ni le faltan graves problemas sociales, económicos y políticos, no ha sufrido ninguna crisis de partidos. Otras pequeñas democracias latinoamericanas, como Costa Rica, Honduras y Uruguay, siguen siendo gobernadas, como desde hace años, por sus dos partidos tradicionales.

Se dirá que estos países no representan a sus hermanos mayores. Pues bien, Chile es gobernando por la misma coalición de partidos desde hace 13 años, los que, por cierto, existían desde mucho antes del golpe militar de 1973 (el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Socialista). Los partidos de la oposición, Renovación Nacional y UDI, también son los mismos desde el comienzo del presente período democrático. Definitivamente no ha habido nada que se parezca a una crisis de partidos en Chile.

Los gigantes de la región, Brasil y México, aportan evidencia adicional. El primero, un típico caso de sistema de partidos débil y poco institucionalizado (el segundo menos institucionalizado de Sudamérica de acuerdo a Mainwaring y Scully, sólo por encima del Perú de Fujimori), no ha sufrido ninguna crisis partidaria importante: desde la redemocratización de 1985 los principales partidos, aunque estructuralmente débiles y fragmentados, han sido a grandes rasgos los mismos: el PFL y el PPR/PPB en la derecha, el PMDB y el PSDB en el centro, y el PT y el PDT en la izquierda. La alianza de varios de estos 6 partidos ha sido la base de los gobiernos de Sarney, Collor, Franco, Cardoso y Lula Da Silva. Aunque su suerte electoral ha variado considerablemente, ninguno ha sufrido una crisis que lo lleve al borde de la desaparición.

México, que durante los 80 y 90 realizó una lenta y gradual transición a la democracia, mantiene los mismos dos partidos principales de siempre, el PRI y el PAN (siendo el PRD una escisión del PRI). El sistema, por supuesto, se ha transformado cualitativamente con la democratización, pero ninguno de los partidos preexistentes entró en crisis o desapareció. Por el contrario, el PAN llegó a la presidencia en el 2000 con Fox, y el PRI se mantiene como el principal candidato a reemplazarlo.

Causas y condiciones de las crisis partidarias

Las crisis de partidos parecen ocurrir en América Latina cuando se conjugan grandes fracasos gubernamentales en diferentes áreas, o cuando hay una sucesión de fracasos. Un ejemplo completo es el peruano, en el que los fracasos económicos sucesivos de Belaunde y García contribuyeron a debilitar a los partidos de ambos, y el fracaso en varios frentes del último (economía, corrupción, falta de efectividad en la lucha contra el terrorismo), terminó de minar el poder del APRA. La sucesión de fracasos también parece ser la causa fundamental de la crisis del radicalismo argentino.

Las situaciones “partidocráticas” parecen crear condiciones más favorables para una crisis de partidos. Así, si las mismas fuerzas se alternan en el poder por muchos años y, en algún momento, decepcionan las expectativas de los ciudadanos, la tolerancia de éstos

parece ser menor. Es probable, por ejemplo, que los ajustes de precios implementados al inicio del gobierno de Pérez en Venezuela y el episodio de corrupción que lo sacó del poder, no hubieran tenido un efecto tan devastador sobre el sistema de partidos venezolano si el mismo no hubiese sido tan inmutable y venal durante tantos años.

No es casual, entonces, que allí donde los partidos han tenido razonables desempeños gubernamentales o, por lo menos, donde han evitado grandes desastros, no se han dado crisis de partidos. No es casual tampoco, que Chile, con su excelente desempeño macroeconómico, su razonable evolución social y su relativamente bajo nivel de corrupción, haya sido ajeno a cualquier atisbo de crisis partidaria. Algo similar podría decirse de Uruguay y Costa Rica, que sin alcanzar los éxitos de Chile, han obtenido algunos logros modestos y evitado las calamidades que afectan o afectaron a sus vecinos. No hay, entonces, ninguna afinidad electiva entre democracia latinoamericana y crisis de partidos. Buena parte de las naciones de nuestra región gozan de saludables sistemas partidarios.

Comentario final sobre la muerte y resurrección de los partidos

En varios pasajes de este Documento se hizo referencia a la crisis, muerte o desaparición virtual de varios partidos. Debe destacarse, sin embargo, que estos fenómenos son a menudo temporales, y que no es raro (y no hay que descartar para el futuro) que haya partidos que “resuciten”. El castigo de la opinión pública no es eterno, especialmente si los partidos caídos en desgracia actúan inteligentemente y/o cuentan con recursos políticos significativos. Este último es el caso de los partidos con larga historia, gran masa crítica de dirigentes, organización de alcance nacional y raíces populares. Desde este punto de vista no debiera sorprender el regreso a la prominencia política del APRA peruano en las últimas elecciones presidenciales. Partidos tales como AD y COPEI en Venezuela o la UCR en Argentina no desaparecen de un día para el otro: pueden ocultarse por vergüenza, retroceder estratégicamente, y hasta sumarse a alguna fuerza con mejor presente, pero nunca debe descartarse que una renovación dirigencial interna los regrese al primer plano de la política nacional.

Notas:

¹ Mainwaring, S. y Scully, T.: *Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America*. Stanford University Press. 1995.